



Queremos seguir siendo conservadores

La competencia nos puede parecer una dura muestra de la implacable selección natural darwiniana pero, en el terreno económico, beneficia directamente al último eslabón de la cadena: el consumidor. Vivimos en un país cada vez menos competitivo y más enredoso. Pero, para no confrontar esta dura realidad, buscamos el socorrido espejismo de los dogmas

Los esclavizados trabajadores chinos producen mercaderías muy baratas y han desbancado así a los fabricantes de medio mundo. Pregunten ustedes, si no, a los empresarios textiles de Jalisco o a los zapateros de León. Vean, también, de dónde proceden las baratijas que compra uno en Tepito. Pero, lo que son las cosas, esa avalancha de productos tan asequibles ha servido para reducir la inflación en todo el planeta. Quién lo hubiera pensado. El tráfico de las divisas nacionales, por su parte, hace ganar dinero fácil a los especuladores (uno de ellos, George Soros, le propinó pérdidas de algo así como mil millones de dólares a Gran Bretaña, en un solo día, al apostar contra la Libra esterlina) pero esta práctica, curiosamente, sirve para castigar a las economías ineficientes y premiar a los países que han hecho los deberes. O sea, que si un gorila populista bolivariano, por ejemplo, se dedica a dilapidar alegremente la plata que no tiene, la moneda que llevan en los bolsillos sus sufridos súbditos terminará por perder su valor. El vecino brasileño, mientras tanto, cosechará los frutos de manejar la economía sensatamente.

Finalmente, no me parece tan mala cosa que exista el mercado de divisas por más que la especulación, en sí misma, signifique una especie de pecado para quienes sólo reconocen la valía del "trabajo honrado". De la misma manera, la competencia —tan satanizada en tanto que exhibe la codicia de los humanos y su espurio

deseo de lucro— nos permite, a los consumidores, ejercer un derecho fundamental: elegir el bien o servicio que mejor nos convenga. No es una casualidad que una economía abierta —es decir, un sistema donde los ciudadanos pueden comparar entre diferentes ofertas y decidir cuál le resulta más beneficiosa— implique, tarde o temprano, la instauración de un régimen político, la democracia, donde las libertades del comprador coincidan con las del ciudadano: la comparación es tal vez muy burda pero cuando un individuo entra a una tienda y tiene la facultad de escoger entre una docena de televisores diferentes le resultará muy difícil salir a la calle y encontrarse con que no puede elegir a un alcalde o a un gobernador. Justamente, el actual modelo chino, esa mezcla de economía de mercado y dictadura totalitaria, es una aberración temporal. Los ciudadanos, malacostumbrados al consumismo capitalista, comenzarán a exigir, muy pronto, la apertura del sistema político.

En fin, estos casos sirven para ejemplificar que aquellas prácticas que nos parecen detestables, por los motivos que fueren (la trasnochada visión que algunos izquierdistas tienen del capitalismo globalizado o, en el caso de China, la muy legítima repugnancia a la descarnada explotación de los obreros en un entorno, encima, de opresión política), pueden tener derivaciones positivas. Lo importante, en todo caso, es admitir unas reglas del juego que no se limitan a la mera denuncia

de un estado de cosas —el rechazo automático a la globalización o a la existencia misma de los mercados financieros— sino que abarcan todos los aspectos del esquema en cuestión. Dicho en otras palabras, el hecho de que China ha contribuido a mantener los precios bajos en todo el mundo compensa, de alguna manera, los efectos perjudiciales de su ofensiva exportadora. En el caso de los ataques especulativos contra una moneda —por ejemplo, el Peso mexicano en tiempos de ese López Portillo que trató de encubrir su catastrófica gestión con las típicas jeremiadas del caudillo populista: "¡Ya nos saquearon...!", etcétera—, éstos no son otra cosa que la saludable respuesta de los mercados a una conducta económica irresponsable. El gobernante manirroto y desordenado sabe, desde ya, que tendrá que pagar los platos rotos. La advertencia, desde luego, no es registrada por todos —ahí tenemos, para mayores señas, al inefable Hugo Chávez— pero la inmensa mayoría de las naciones del orbe se han disciplinado y el control de la inflación es uno de los mayores logros universales de los últimos tiempos. Por último, la competencia nos puede parecer una dura muestra de la implacable selección natural darwiniana pero, en el terreno económico, termina por beneficiar directamente al último eslabón de la cadena, a saber, el consumidor.

Vivimos, desafortunadamente, en un país cada vez menos competitivo y más enredoso. Pero, para no confrontar esta dura realidad, buscamos



el socorrido espejismo de los dogmas. Nos refugiamos, también, en la cómoda práctica del victimismo: los malos son los otros. El mundo está lleno de extraños enemigos que han dispuesto un alevoso sistema para despojarnos de nuestras riquezas.

El cacareado Bicentenario no es sólo una conmemoración: será, si no nos ponemos las pilas, una patética perpetuación de nuestro dañino conservadurismo. ■■

revueltas@mac.com

La comparación es tal vez muy burda, pero cuando un individuo entra a una tienda y tiene la facultad de escoger, le resultará muy difícil salir a la calle y encontrarse con que no puede elegir a un alcalde o a un gobernador

